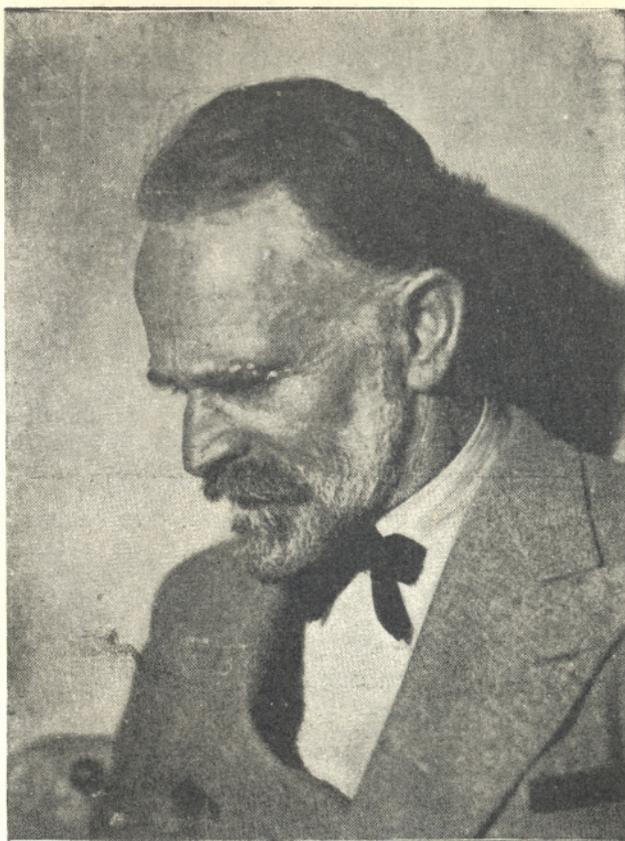


APUNTES

SOBRE

PABLO BURCHARD



UNA actitud, un gesto muchas veces inadvertido, nos suele revelar el sentido total de una vida, los rasgos perfilados de un carácter, con mayor evidencia psicológica que prolijas y extensas biografías. Así, para nuestro propósito de esbozar la personalidad de ese puro artista, que es don Pablo Burchard, no desdenaremos recordar una pequeña anécdota.

Fué en una reunión de artistas, jóvenes en su mayoría, que se habían congregado en una sala de la Universidad para debatir problemas de arte. La discusión era apasionada, y en medio de la viveza de la argumentación y la prontitud ingeniosa de las réplicas, costaba trabajo hacerse oír. Don Pablo, sereno y concentrado, guardaba silencio, dejando vagar su mirada por el ámbito de la sala. Cuando terminó la sesión, y todos hubieron salido, per-

maneció aún en su asiento. Pensamos que, dada la reserva del artista y su repugnancia instintiva por la polémica, había esperado ese momento para darnos su opinión. Pero nos engañábamos. Con ese tono íntimo y confidencial característico de don Pablo, nos dijo lo siguiente: «Durante la discusión he estado observando atentamente la maravillosa luz de esa ventana, y el tono gris plateado que da a la atmósfera de esta pieza sobre el fondo neutro de la muralla. Es admirable, y desearía vivamente pintar aquí algunos estudios. ¿Me permitirían venir de vez en cuando con mis pinceles y mi caballete?»

Comprendería mal el espíritu del artista quien interpretara este rasgo, tan hermoso y espontáneo, como una muestra de orgulloso aislamiento, de displicencia condescendiente por la opinión ajena. Nada más opuesto a la



BURCHARD.—«Begonias»

realidad de su carácter. Pocos artistas hemos conocido que posean en tan alto grado como don Pablo esa modestia verdadera, que proviene no de desconfianza en su valor personal, sino de la grandeza misma del ideal que se han propuesto como fin de una vida entera. Y así como un gran místico alemán decía: «Sólo quien conoce a Dios, sabe guardar silencio», don Pablo, cuando se dilucidan ruidosamente, al compás de teorías más entusiastas que probadas, problemas que para él han sido vitales rebuscas, dolorosos combates interiores, prefiere abstraerse en la maravillosa luz que entra por una ventana. Así como el movimiento se prueba andando, el artista, si quiere convencernos, no tiene mejor argumento que mostrar su obra creada. Don Pablo, simpatiza con la audacia renovadora de los jóvenes, pues su es-

píritu es juvenil y su arte nos da el ejemplo de una continua renovación; pero en el incesante vaivén de las teorías estéticas, conserva esa mirada penetrante y velada de suave ironía del viejo lobo de mar cuando el joven marino, sobre el mapa desplegado, le indica la ruta y le previene de los peligros del océano.

\* \* \*

La ley del atavismo artístico se comprueba una vez más en el caso de este pintor. Su padre, don Teodoro Burchard, fué un distinguido arquitecto alemán, que se vió obligado a emigrar de su patria durante los trastornos políticos de mediados del siglo que pasó. Llegado a Chile, como muchos emigrados ilustres, formó aquí su hogar, y puso su talento al servicio de esta nueva patria. A él debemos la construcción de varias iglesias de estilo gótico, como el Salvador, la capilla de la Asunción y los Doce Apóstoles de Valparaíso, destruída por el terremoto de 1906, edificios que permiten juzgarlo como un arquitecto de indiscutible mérito.

En el taller de su padre recibió el joven Burchard su primera iniciación artística. Su padre quería hacer de él un arquitecto, y, aunque el despertar de su vocación pictórica desbarató estos planes, esta inicial disciplina estética dejó para siempre profundas huellas en el espíritu del artista.

De su primer maestro don Pedro Lira, conserva, Burchard, un recuerdo lleno de gratitud y simpatía. —«Lira, nos dijo en cierta ocasión, era un profesor concienzudo, honrado,

que dominaba perfectamente su oficio, pero singularmente limitado en su visión de artista. En sus últimos años, se acentuó en él la tendencia meticulosa a copiar el natural, de la cual se apartó un tanto durante sus peregrinaciones a Europa, época en que realizó sus obras de mejor estilo».

Después llegó a Chile Alvarez de Sotomayor, el español que con su pincelada ágil y fácil y sus asuntos de vivo carácter regional o de seductora amplitud decorativa, atrajo a la juventud y causó, en el reducido ambiente pictórico, una verdadera revolución. Todos los discípulos de Lira desertaron. Don Pablo fué el último en acudir al nuevo maestro. —«El arte de Alvarez de Sotomayor nunca me sedujo. Hay que reconocer a este maestro el haber ensanchado el horizonte de la juventud, mostrándole posibilidades más vastas que las prometidas por un arte tan limitado como el de don Pedro Lira. Pero, en otro sentido, había en Lira más sinceridad y honradez que en las composiciones atrayentes, pero sin consistencia, de este pintor de estilo fácil y comercializado».

Esta es la breve historia del aprendizaje escolar de don Pablo Burchard. La historia aparente, exterior, que podría omitirse, pues no nos da la clave de la formación íntima y verdadera del artista, que es necesario buscarla en los senderos solitarios que él ha recorrido con la cabeza erguida, ágil y voluntarioso, rastreando su propio camino.

\* \* \*

Tratemos más bien de reproducir las palabras que en algunas ocasiones le hemos escuchado, cargadas de la expresión íntima de un pensamiento siempre sincero consigo mismo:

—«Ninguna influencia apreciable dejaron en mi espíritu Lira ni Alvarez de Sotomayor. Aprendí, es cierto, de ellos la disciplina indispensable para la práctica del oficio. Pero la visión pictórica de ambos maestros nunca me satisfizo. Lira insistía en la copia inmediata y servil de la naturaleza, mientras Alvarez de Sotomayor, por el contrario, enseñaba un estilo de composición absolutamente convencional. Entre ambos polos oscilaba mi inexperiencia juvenil. Pero una certidumbre interior me decía que en ninguna de esas direcciones encontraría el verdadero arte. Mi interrumpido aprendizaje de la arquitectura me vino a dar una luz imprevista en esos momentos de incertidumbre. Se trataba de salir



BURCHARD.—Ramos de flores

de la encrucijada que me proponía, por una parte, una pintura naturalista, y por otra, un convencionalismo que me causaba profunda decepción. Y entonces comprendí la enseñanza que significa para un pintor un arte como la arquitectura, no inspirada directamente en la naturaleza, y sin embargo, bella y expresiva en su pura ordenación de formas. Este fué el punto de partida que orientó mis rebuscas en lo sucesivo. Nunca admití, por lo demás, que un arte como la pintura, que tiene sus leyes propias e ineludibles, debiera divorciarse totalmente de la naturaleza, hasta el punto de convertirse en un lenguaje convencional y abstracto. El pintor debe mantener un comercio constante con la naturaleza, pues son el fenómeno luminoso y las formas naturales la fuente inagotable de su inspiración y de sus recursos expresivos. Pero el artista debe dominar estos elementos para crear su obra, y no limitarse a copiarlos como su esclavo fiel. Recuerdo una experiencia que fué para mí decisiva en este sentido: Una tarde que paseaba por el campo, observé una mata de cardos, y recibí una intensa impresión de belleza. Acudí otro día a pintarla, pero tuve una gran decepción: la mata de cardos me pareció vulgar, como si la obra de un maleficio la hubiera transformado. No me desanimé por esto, pensando que el fenómeno era debido a un efecto de luz, y durante algún tiempo, espí el momento en que los rayos del sol revistieran nuevamente al cardo de la belleza que había entrevisto. Fué inútil; el milagro no se volvió a repetir. Esto me hizo meditar largo tiempo, hasta que adquirí la certidumbre de que esa belleza no estaba en el cardo, ni tampoco en los rayos del sol, sino en una especial disposición de mi espíritu que en un momento propicio había armonizado la visión exterior y mi vida íntima. Eso me confirmó en la idea

de que la obra de arte fluye del artista y se incorpora en una visión objetiva.

«Así planteado el problema de la creación pictórica, se robusteció en mí la certidumbre de que las leyes de esa creación no deben buscarse en los objetos naturales, sino en el espíritu y sensibilidad del artista que ordena los colores y las formas. Y estas leyes del color y de la forma, a mí me parecen tan claras y evidentes como las que rigen la arquitectura o la composición musical. Hay un verdadero sentido musical del color, y quien no lo sienta con agudeza, debe renunciar a la pintura. Para mí, los colores «cantan» en una tela, lo mismo que cantan los instrumentos en una sinfonía. Lograr este canto armonioso de los colores ha sido para mí el objeto de mis esfuerzos. Hay una satisfacción íntima y profunda cuando se obtiene, y creo que el artista no debe aspirar a otra recompensa».

\* \* \*

La formación de este maestro aparece así en nuestro arte como un caso único, digno de ser meditado. Sin haber salido del país, exento de toda influencia que directa o indirectamente pudiera guiar su labor, por los solos recursos de su sensibilidad y de su investigación concentrada, este auto-didacta admirable ha llegado a descubrir un camino que, aunque perfectamente original, es el camino mismo de todo el movimiento artístico moderno. Con ingenua espontaneidad, don Pablo, después de relatarnos el curioso proceso de sus rebuscas estéticas, nos decía: —«A veces pienso que el largo trabajo que me he tomado para llegar a mi certidumbre actual, es completamente inútil. Todo lo que he encontrado tal vez estaba ya descubierto desde hace muchísimo tiempo».

No lo creemos así. Lo que para nosotros da un alto precio a la pintura de Burchard, es su acento inconfundible de sinceridad y de creación original. Y esto no se logra jamás con palabras aprendidas a otros maestros, por más grandiosas y evidentes que sean. La pintura de don Pablo no nos recuerda a otra pintura. La emoción que respira y los recursos de que se vale para expresarla son únicamente suyos. Pero, en virtud de la esencia algo paradójal de la creación artística, mientras más personal sea la obra, con mayor fuerza trasciende de su marco propio, para entroncarse a las tradiciones del gran arte de todos los tiempos. El pintor, preocupado de traducir su espíritu con sujeción a las leyes plásticas del color, ha logrado ese raro «desideratum» que consiste en realizar sobre la tela una pintura, que es auténtica pintura, y no algo que sea más o menos que una pintura.

\* \* \*

Recuerdo la impresión que me produjeron,

hace muchos años, algunos cuadros de este artista, que tuve oportunidad de ver expuestos en un salón. Una fuente, árboles, jardines, todo en una coloración clara y diáfana, de una luminosidad pura, algo candorosa. Asocio esta imagen a la de ciertos «lieder» alemanes, impregnados de virginal frescura.

Pasó largo tiempo antes de que volviera a



BÜRCHARD.—Retrato de niño.

tomar contacto con la obra de este pintor que, solitario por convicción, siempre ha esquivado la publicidad. Sólo en el salón de 1932, pudimos admirar un envío que, a nuestro juicio, presentaba la más bella calidad pictórica entre todos los allí reunidos. El artista de años atrás se había transformado hasta el punto de causarnos asombro. La frescura de la paleta y la in-

timidad de la visión se conservaban exactas. Pero su trabajo evidenciaba mucho mayor disciplina en la elaboración de las formas, y una sorprendente riqueza colorista animaba sus telas. Pequeñas naturalezas muertas, temas sencillos y humildes realzados con una maestría ya segura de la plenitud de sus fuerzas.

Una vez adquirida esta madurez espléndida, la línea ascensional de este pintor se pronuncia rápidamente. Así lo ha demostrado el magnífico envío al salón del año pasado. Como los buenos vinos, la pincelada de Burchard se ha vuelto densa y capitosa. Concentra la luz en los objetos y los hace irradiar como puros esmaltes, como finas pedrerías en fusión. Rojos, amarillos, azules brillantes, se mezclan en la trama viviente de la composición en que todo luce espontáneo, y, sin embargo, sabiamente coordinado. El artista, que ha aprendido el secreto, ya no espía en las

cosas un destello de fugitiva belleza, sino con gesto dominador, sabe conferir la belleza a su antojo a todos los objetos que ilumina con su mirada.

Y cuando contemplamos esas pequeñas obras maestras que se titulan «Begonias», «Ramo de flores», «Guindas», o «Peras al sol», sentimos que don Pablo ha conseguido el ansiado milagro de hacer cantar los colores en la tela. Canto varonil y vibrante que nos hace comulgar con el espíritu nobilísimo del artista.

Carlos Humeres S.



BURCHARD.—«Peras al sol»